

J. R. MOEHRINGER

El bar de las grandes esperanzas

Traducción de Juanjo Estrella



Duomo ediciones

Barcelona, 2015

Título original: *The Tender Bar*

© 2005, J. R. Moehring

© 2015, de la traducción: Juanjo Estrella González

© 2015, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: septiembre de 2015

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-16261-01-7

Código IBIC: FA

DL B 8067-2015

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime. Mallorca 1. Barcelona 08014 (España)

www.grafime.com

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A mi madre

Índice

Prólogo

Prólogo. *Uno de tantos* 13

Primera parte

Uno. *Los hombres* 25

Dos. *La Voz* 31

Tres. *Mi mantita favorita* 36

Cuatro. *El abuelo* 45

Cinco. *Junior* 51

Seis. *Mr. Sandman* 58

Siete. *Nokomis* 65

Ocho. *McGraw* 71

Nueve. *Dickens* 78

Diez. *Corredor emergente* 87

Once. *Extraños en el paraíso* 97

Doce. *Colt, Bobo y Joey D* 103

Trece. *Pat* 128

Catorce. *Jedd y Winston* 136

Quince. *Bill y Bud* 148

Dieciséis. *JR* 161

Diecisiete. *Sheryl* 168

Dieciocho. *Lana* 178

Diecinueve. *Mi futuro yo* 187

Veinte. *Mi madre* 195

Segunda parte

Veintiuno. <i>El Diablo y Merriam Webster</i>	205
Veintidós. <i>Cager</i>	213
Veintitrés. <i>Problemas</i>	230
Veinticuatro. <i>Padre Amtrak</i>	245
Veinticinco. <i>Sinatra</i>	255
Veintiséis. <i>JR Maguire</i>	267
Veintisiete. <i>RJ Mohinger</i>	277
Veintiocho. <i>Tim</i>	285
Veintinueve. <i>Hombre del Times</i>	292
Treinta. <i>Mr. Salty</i>	303
Treinta y uno. <i>Aladino</i>	317
Treinta y dos. <i>Maravilloso</i>	328
Treinta y tres. <i>Chica de las Fotocopias</i>	340
Treinta y cuatro. <i>Peter</i>	347
Treinta y cinco. <i>Jugadores de primera división</i>	359
Treinta y seis. <i>Stephen Jr.</i>	367
Treinta y siete. <i>Poli Bob</i>	372
Treinta y ocho. <i>Michelle y la Reina de los Mares</i>	383
Treinta y nueve. <i>El redactor jefe</i>	389
Cuarenta. <i>Secretariat</i>	397
Cuarenta y uno. <i>Hugo</i>	409
Cuarenta y dos. <i>Steve</i>	417
Cuarenta y tres. <i>Smelly</i>	426
Cuarenta y cuatro. <i>Mi padre</i>	435

Epílogo

Epílogo. <i>Uno de tantos</i>	443
	445

Agradecimientos

	459
--	-----

Prólogo

Donde no se alza mar alguno,
las aguas del corazón impulsan sus mareas.

Dylan Thomas,
La luz irrumpe donde ningún sol brilla

Prólogo

Uno de tantos

Íbamos para todo lo que necesitábamos. Cuando teníamos sed, claro, y cuando teníamos hambre, y cuando estábamos muertos de cansancio. Íbamos cuando estábamos contentos, a celebrar, y cuando estábamos tristes, a quedarnos callados. Íbamos después de una boda, de un funeral, en busca de algo que nos calmara los nervios, y siempre antes, para armarnos de valor tomando un trago. Íbamos cuando no sabíamos qué necesitábamos, con la esperanza de que alguien nos lo dijera. Íbamos a buscar amor, o sexo, o líos, o a alguien que estuviera desaparecido, porque tarde o temprano todo el mundo se pasaba por allí. Íbamos, sobre todo, cuando queríamos que nos encontrarán.

En mi caso, mi lista de necesidades era larga. Hijo único, abandonado por mi padre, necesitaba una familia, un hogar. Y hombres. Sobre todo hombres. Los necesitaba para que me sirvieran de mentores, de héroes, de modelos, y como una especie de contrapeso masculino de mi madre, mi abuela, mi tía y las cinco primas con las que vivía. El bar me proporcionaba a todos los hombres que necesitaba, más dos o tres que no me hacían ninguna falta.

Mucho antes de servirme copas, el bar me sirvió la salvación. Me devolvió la fe cuando era niño, cuidó de mí de adolescente, y me acogió cuando me convertí en un hombre joven. Aunque me temo que nos sentimos atraídos por aquello que nos abandona, y por lo que parece más probable que vaya a abandonarnos, finalmente creo que nos define lo que nos acoge. Yo, naturalmente, correspondí al bar y lo acogí también, hasta que una noche el bar me rechazó y, con ese acto de abandono final, el bar me salvó la vida.

Siempre había habido un bar en esa esquina, con un nombre u otro, desde el principio de los tiempos, o desde el final de la Prohibición, lo que en mi pueblo –Manhasset, Long Island–, en el que tanto se bebía, era lo mismo. En la década de 1930, el bar era una escala para las estrellas de cine que iban camino de sus clubes náuticos y sus urbanizaciones exclusivas frente al mar. En la de 1940, el bar era un refugio para los soldados que regresaban de las guerras. En la de 1950, un lugar de encuentro para chicos engominados y novias con falda de capa. Pero el bar no se convirtió en referente, en terreno sagrado, hasta 1970, cuando Steve compró el local, le cambió el nombre y le puso Dickens. Sobre la puerta, Steve colgó la silueta del escritor, y debajo el nombre, escrito con caracteres de inglés antiguo: **Dickens**. Tan descarada profesión de anglofilia no sentó bien a todos los Kevin Flynn y todos los Michael Gallagher de Manhasset. Si se lo pasaron por alto fue sólo porque, en cambio, consideraron acertadísima la Regla de Oro del Bar: la tercera copa corre a cuenta de la casa. También ayudó que Steve contratara a siete u ocho miembros del clan O'Malley para atender las mesas, y que hiciera todo lo que estaba en su mano para que pareciera que el Dickens había sido trasladado piedra a piedra hasta allí desde el condado de Donegal.

Steve pretendía que su bar tuviera el aspecto de un pub europeo pero que, a la vez, encarnara la quintaesencia de América, una auténtica casa para el público. Su público. En el corazón de Manhasset, suburbio campestre de ocho mil habitantes situado a veintisiete kilómetros de Manhattan. La intención de Steve era crear un refugio en el que sus vecinos, sus amigos y otros bebedores, y sobre todo sus compañeros de instituto que regresaban de Vietnam, pudieran saborear cierta sensación de seguridad, de retorno. En todos los proyectos que emprendía, Steve se mostraba seguro del éxito; aquella confianza era su cualidad más atractiva, y su defecto más trágico. En cualquier caso, el Dickens había superado con creces sus más grandes esperanzas. Manhasset no tardó en considerar el Dickens como El Bar. Así como decimos, simplemente, la Ciudad para referirnos a Nueva York, y la Calle cuando hablamos de Wall Street, siempre decíamos el Bar, por defecto, y nunca había confusión posible sobre a cuál de ellos nos referíamos. Y después, de manera imperceptible, el Dickens se convirtió en algo más que en el Bar. Pasó a ser el Sitio, el refugio preferido frente a todas las tormentas de la vida. En 1979, cuando

el reactor nuclear de Three Mile Island se fundió y el temor a un apocalipsis barrió el noreste del país, muchos habitantes de Manhasset telephonearon a Steve para reservar sitio en el sótano estanco construido bajo su bar. En todas las casas había sótano, por supuesto. Pero el Dickens tenía algo. Cuando el Día del Juicio acechaba, la gente pensaba primero en él.

Además de proporcionar un refugio, Steve impartía, todas las noches, lecciones sobre democracia, o sobre esa pluralidad especial que propicia el alcohol. De pie, desde el centro del local, veías a hombres y mujeres de todos los estratos de la sociedad educándose unos a otros, maltratándose. Oías al hombre más pobre del pueblo conversar sobre la «volatilidad de los mercados» con el presidente de la Bolsa de Nueva York, o al bibliotecario local darle una clase a uno de los mejores beisbolistas de los New York Yankees sobre la conveniencia de agarrar el bate desde más arriba. Oías a un porteador de escasas luces decir algo tan descabellado y a la vez tan sensato que el profesor universitario de filosofía se lo apuntaba en una servilleta y se metía esta en el bolsillo. Oías a camareros que, mientras cerraban apuestas y preparaban cócteles, hablaban como reyes filósofos.

Steve creía que la barra de un bar era el punto de encuentro más igualitario de todos los que existían en América, y sabía que los americanos siempre habían venerado sus bares, sus salones, sus tabernas y sus «gin mills», una de sus expresiones favoritas. Sabía que los americanos dotan a sus bares de significado y que acuden a ellos para todo, en busca de glamur y de auxilio y, sobre todo, para hallar alivio contra el azote de la vida moderna: la soledad. No sabía que los puritanos, a su llegada al Nuevo Mundo, construyeron un bar antes incluso que una iglesia. No sabía que los bares americanos eran descendientes directos de las posadas inglesas que aparecen en los *Cuentos de Canterbury* de Chaucer, que a su vez descendían de las casas de cerveza sajonas, que a su vez descendían de las *tabernae* que poblaban las calzadas de la antigua Roma. El bar de Steve podía remontarse hasta las cuevas pintadas de la Europa occidental, donde los más viejos de la Edad de Piedra iniciaban a los muchachos y las muchachas en las costumbres de la tribu hace quince mil años. Aunque Steve no sabía esas cosas, las notaba en la sangre, y las representaba en todo lo que hacía. Más que muchos otros, Steve valoraba la importancia de los lugares, y sobre la piedra angular de aquel principio logró crear un bar

tan raro, tan inteligente, tan querido, tan en sintonía con sus clientes, que llegó a ser conocido mucho más allá de Manhasset.

Mi pueblo era famoso por dos cosas: el lacrosse y el alcohol. Año sí y año no, Manhasset daba al mundo una cantidad desproporcionada de excelentes jugadores de lacrosse, y una cantidad aún mayor de hígados hinchados. Había quien también conocía Manhasset como escenario donde se situaba la acción de *El gran Gatsby*. Mientras escribía pasajes de su obra maestra, F. Scott Fitzgerald pasaba ratos sentado en un porche fresco de Great Neck, y, desde el otro lado de la bahía de Manhasset, veía nuestra población, que él, en su obra de ficción, convirtió en East Egg, distinción histórica que otorgaba a nuestra bolera y nuestra pizzería cierto empaque arqueológico. Nos paseábamos cada día por el escenario abandonado de Fitzgerald. Nos enamorábamos entre sus ruinas. Era una alegría, un honor. Pero, como el bar de Steve, se trataba simplemente de una derivada más de la célebre afición a la bebida de Manhasset. Cualquier conoedor de Manhasset entendía por qué el alcohol empapaba la novela de Fitzgerald como el Mississippi anegaba las llanuras. ¿Hombres y mujeres dando fiestas salvajes y bebiendo hasta perder el conocimiento, o hasta atropellar a alguien con su coche? A nosotros todo aquello nos sonaba a un martes por la noche típico en Manhasset.

Manhasset, localidad en la que se encontraba la mayor licorería del estado de Nueva York, era la única de todo Long Island que tenía un cóctel con su nombre (un manhasset es un manhattan pero con más alcohol). Plandome Road, la calle principal del pueblo, de casi un kilómetro de longitud, era la calle de los sueños de todo bebedor: un bar detrás de otro, y de otro... Muchos, en Manhasset, comparaban Plandome Road con alguna calle mítica del campo irlandés, una procesión ligeramente curva de hombres y mujeres rebosantes de whisky y alegría. Los bares, en Plandome Road, eran tan numerosos como las estrellas en el Paseo de la Fama de Hollywood, y nosotros nos sentíamos terca, excéntricamente orgullosos de aquella abundancia. Cuando un hombre pegó fuego a su bar de Plandome Road para cobrar el seguro, los policías se lo encontraron en otro bar de la misma calle, y fue allí donde le comunicaron que lo buscaban para interrogarlo. El hombre se llevó la mano al corazón, como un sacerdote acusado de quemar una cruz. «¿Cómo iba yo a ser capaz –preguntó–, cómo iba alguien a ser capaz de quemar un bar?»

Con su curiosa división entre clase alta y clase trabajadora, con su mezcla étnica de irlandeses e italianos, y con su reducido círculo compuesto por algunas de las familias más ricas de Estados Unidos, Manhasset se hallaba en una lucha constante por definirse. Aquél era un pueblo donde unos pillos de cara sucia se congregaban en el Memorial Field para jugar a «polo en bicicleta»; donde los vecinos se ocultaban unos de otros tras sus impecables setos, al tiempo que se mantenían perfectamente al día de las vidas y flaquezas de los demás; donde todos se iban de allí en tren, temprano por la mañana, para ir a Manhattan, y de donde nadie se iba nunca para siempre, salvo en una caja de pino. Aunque Manhasset parecía una pequeña comunidad de granjeros, y aunque los agentes de la propiedad inmobiliaria tendían a considerarlo una comunidad-dormitorio, nosotros nos aferrábamos a la idea de que se trataba de una comunidad de bares. Los bares nos daban identidad y puntos de intersección. La Little League, la liga de sóftbol, la de bolos y la Junior League no sólo celebraban sus reuniones en el bar de Steve, sino que a menudo coincidían la misma noche.

Brass Pony, Gay Dome, Lamplight, Kilmeade's, Joan and Ed's, Popping Cork, 1680 House, Jaunting Car, The Scratch..., los nombres de los bares de Manhasset nos resultaban más conocidos que los de sus calles principales y sus familias fundadoras. La vida de un bar era como una dinastía: nos servía para medir el tiempo, y nos proporcionaba cierto placer básico saber que, cuando uno cerrara, el telón se alzaría en otro. Mi abuela me decía que Manhasset era uno de esos sitios en los que un tópico se daba por cierto: beber en casa era de alcohólicos. Siempre que uno bebiera públicamente, sin ocultarse, no era un borracho. Y de ahí los bares. Muchos, muchos bares.

Muchos de los bares de Manhasset, claro está, como los de cualquier otra parte, eran sitios desagradables, llenos de personas avinagradas que se maceraban en sus lamentaciones. Steve quería que el suyo fuera distinto. Quería que el suyo fuera sublime. Imaginaba un bar orientado a las distintas personalidades de Manhasset. Que fuera un pub acogedor en un momento dado, y un salvaje club nocturno para trasnochadores un rato después. Un restaurante familiar a última hora de la tarde y una taberna canalla a altas horas de la madrugada, donde hombres y mujeres pudieran contar mentiras y beber hasta desplomarse. Para Steve era fundamental la idea de que el Dickens fuera lo contrario al mundo exterior: fresco en los

días de la canícula, cálido desde las primeras escarchas hasta la primavera. Su bar siempre estaría limpio y bien iluminado, como el refugio de esa familia perfecta que todo el mundo cree que existe, pero que no existe ni ha existido nunca. En el Dickens todo el mundo se sentiría especial, aunque nadie destacaría. Mi anécdota favorita sobre el bar de Steve, tal vez, tenía que ver con un hombre que había llegado hasta allí después de fugarse de un manicomio cercano. Nadie lo miró mal, nadie le preguntó quién era ni por qué iba en pijama, ni por qué tenía aquel brillo animal en la mirada. Los habituales se limitaron a darle la bienvenida, a contarle historias divertidas, a invitarle a copas durante todo el día. Y si al final acabaron pidiéndole que saliera de allí fue sólo porque el pobre hombre, sin motivo aparente, se bajó los pantalones. Pero incluso en ese momento los camareros se limitaron a regañarlo con gran cordialidad, recurriendo a su admonición clásica: «¡Bueno, bueno, eso aquí no se hace!».

Como las historias de amor, los bares dependen de una delicada mezcla de coincidencia en el tiempo, química, iluminación, suerte y –tal vez lo más importante– generosidad. Desde el primer momento Steve declaró que, en el Dickens, nadie se sentiría ninguneado. Sus hamburguesas serían suflés de tres dedos de solomillo, su hora de cierre sería negociable, por más que dijeran las ordenanzas, y sus camareros serían generosos al servir los tragos. Bastante generosos. Una copa normal en el Dickens sería como una doble en cualquier otra parte. Con una doble verías doble. Con una triple «te harían puré», según expresión del hermano menor de mi madre, mi tío Charlie, el primer camarero contratado por Steve.

Auténtico hijo de Manhasset, Steve creía en el alcohol. Todo lo que era se lo debía al alcohol. Su padre, distribuidor de Heineken, había muerto y le había dejado una pequeña fortuna cuando era joven. La hija de Steve se llamaba Brandy, su fueraborda se llamaba *Dipsomanía*, y su cara, tras años bebiendo épicamente, había adquirido una acusadora tonalidad escarlata. Steve se veía a sí mismo como un Flautista de Hamelín del Alcohol, y los residentes beodos de Manhasset también lo veían así. Con los años llegó a sumar una congregación de fanáticos, una legión de devotos. Un culto a Steve.

Todo el mundo tiene un lugar sagrado, un refugio, donde su corazón es más puro, su mente más clara, donde se siente más cerca de Dios, o del amor, o de la verdad, o de lo que sea que venera. Para bien o para mal mi

lugar sagrado era el bar de Steve. Y, como lo encontré en mi juventud, aquel bar fue aún más sagrado, y su imagen quedó emborronada por ese respeto especial que los niños otorgan a los lugares en los que se sienten a salvo. Habrá quien, tal vez, se sienta así en relación con un aula, con un patio de recreo, con un teatro o una iglesia, con un laboratorio, con una biblioteca o un estadio. Incluso en relación con un hogar. Pero, a mí, ninguno de aquellos lugares me llamaba. Exaltamos lo que tenemos a mano. De haberme criado junto a un río, al lado del mar, cerca de algún escenario natural propicio para el descubrimiento de mí mismo y para la evasión, es posible que los hubiera mitificado. Pero yo me críe a ciento cuarenta y dos pasos de una vieja y gloriosa taberna americana, y eso me marcó.

No me pasaba el día en el bar. Me lancé al mundo, trabajé y fracasé, me enamoré, hice el ridículo, me destrozaron el corazón, pusieron a prueba mis límites. Pero, gracias al bar de Steve, cada rito de paso me parecía vinculado al anterior, y al siguiente, como me lo parecían todas las personas a las que conocía. Durante los primeros veinticinco años de mi vida, todo aquel a quien conocía me enviaba al bar, o me llevaba en coche al bar, o me acompañaba al bar, o me rescataba del bar, o ya estaba en el bar cuando yo llegaba, como si estuviera esperándome desde el día en que nació. Entre este último grupo se encontraban Steve y los hombres.

Yo antes decía que en el bar de Steve había encontrado a los padres que necesitaba, pero eso no es del todo cierto. En determinado momento fue el bar mismo el que se convirtió en mi padre, y todos aquellos hombres se fundieron hasta convertirse en un inmenso ojo masculino que me observaba a mis espaldas, que me proporcionaba aquella alternativa a mi madre que yo necesitaba, aquel cromosoma Y que combinara con su X. Mi madre no sabía que competía con los hombres del bar, y aquellos hombres no sabían que se medían con ella. Todos daban por sentado que se encontraban en la misma página, porque todos compartían una idea anticuada de la hombría. Tanto mi madre como aquellos hombres creían que ser un buen hombre es un arte, y que ser un mal hombre es una tragedia, tanto para el mundo como para quienes dependen de ese trágico hombre en cuestión. Aunque mi madre fue la primera en darme a conocer aquella idea, era en el bar de Steve donde obtenía la demostración diaria de su veracidad. El bar de Steve atraía a toda clase de mujeres, a una asombrosa variedad de ellas, pero yo, de niño, me fijaba sólo en el extraordi-

nario surtido de hombres buenos y malos. Paseándome a mi antojo entre aquella fraternidad insólita de machos alfa, prestando atención a las historias de soldados y beisbolistas, poetas y policías, millonarios y corredores de apuestas, actores y estafadores que cada noche se acodaban en la barra del bar de Steve, les oía decir una y otra vez que la diferencia entre ellos era enorme, pero las razones por las que habían llegado a ser tan distintos resultaban mínimas.

Una lección, un gesto, una anécdota, una filosofía, una actitud... Yo tomaba algo de cada uno de aquellos hombres que frecuentaban el bar de Steve. Era un maestro del «robo de identidad» en una época en la que ese delito no era tan grave. Me volví sarcástico como Cager, melodramático como el tío Charlie, un bruto como Joey D. Intentaba ser duro como Poli Bob, frío como Colt, racionalizar mi enfado diciéndome que no podía ser peor que el más que justificado enfado de Smelly. Con el tiempo empecé a aplicar aquellas imitaciones que había aprendido en el Dickens a las personas que conocía fuera del bar: amigos, amantes, padres, jefes, incluso a desconocidos. El bar me proporcionó la costumbre de convertir en mentora a toda persona que se cruzara en mi camino, o en personaje, y le atribuyo el mérito y la culpa al bar, de haberme convertido en un reflejo, o en una refracción, de todos ellos.

A todos los que frecuentaban el bar de Steve les encantaban las metáforas. Un viejo bebedor de bourbon me dijo una vez que la vida era siempre cuestión de montañas y de cuevas: montañas que debemos escalar y cuevas en las que escondernos cuando no somos capaces de enfrentarnos a nuestras montañas. Para mí, el bar fue las dos cosas: mi cueva más recóndita, mi montaña más peligrosa. Y sus hombres, aunque en el fondo fueran hombres de las cavernas, fueron mis sherpas. Los quise mucho, y creo que ellos lo sabían. Aunque lo habían experimentado todo –la guerra y el amor, la fama y la vergüenza, la riqueza y la ruina–, creo que nunca vieron a otro niño contemplarlos con ojos tan brillantes, tan llenos de veneración por ellos. Mi devoción era algo nuevo para ellos, y creo que les hizo quererme, a su manera, y que por eso me secuestraron cuando tenía once años. Y ahora casi me parece oírles decir: «Pero, niño, te estás adelantando».

Steve me habría hecho contarle así: «Me enamoré de ese bar, y fue un amor recíproco, y fue esa historia de amor la que dio forma a todas mis

demás historias de amor». A una edad temprana, allí, en el Dickens, llegué a la conclusión de que la vida es una sucesión de historias de amor, y de que cada una de ellas es la respuesta a otra anterior. Pero yo era sólo uno de los muchos románticos del bar de Steve que había llegado a aquella misma conclusión, que creía en aquella reacción en cadena del amor. Era aquella creencia, tanto como el bar, la que nos unía, y por eso mi historia es sólo una hebra en la cuerda que mantenía trenzadas todas nuestras historias de amor.

Primera parte

En todo ser humano, adormecidas, hay infinidad de posibilidades que no hay que despertar en vano. Pues resulta espantoso un hombre entero reverberando en ecos y más ecos, sin que ninguno de ellos se convierta en una voz real.

Elias Canetti, *Hampstead*

Uno

Los hombres

Si un hombre puede trazar con alguna exactitud su evolución de niño a bebedor, la mía se inició una calurosa noche de verano de 1972. A mis siete años, iba en coche por Manhasset con mi madre, miré por la ventanilla y vi a nueve hombres con sus uniformes naranjas de sóftbol corriendo por el Memorial Field. En el pecho, recortada en seda negra, llevaban la silueta de Charles Dickens.

—¿Quiénes son éstos? —le pregunté a mi madre.

—Unos hombres del Dickens —me dijo ella—. ¿Ves a tu tío Charlie? ¿Y a su jefe, Steve?

—¿Podemos ir a mirar?

Mi madre aparcó y encontramos sitio en las gradas.

El sol se ponía, y los hombres proyectaban unas sombras alargadas que parecían hechas con la misma tinta negra de las siluetas que llevaban en el pecho. Además, aquellos hombres lucían unos flotadores de grasa que tensaban sus sudaderas de talla XXL hasta que aquellas siluetas parecían salpicaduras producidas por el choque de los hombres con sus propias sombras. Todo en ellos tenía ese aspecto algo irreal, de tebeo. Con su pelo escaso, sus zapatos gigantescos y la parte superior del cuerpo hipertrofiada, parecían Brutos, Popeyes y Elmers Gruñones, todos menos mi tío Charlie, que patrullaba por el centro del campo como un flamenco con las rodillas peladas. Recuerdo que Steve blandía un bate de madera del tamaño de un poste telefónico, y que todos sus *homeruns* quedaban suspendidos en el aire como una segunda luna.

De pie sobre el pentágono, Steve —el Babe Ruth de la liga cervecera— pateaba el suelo y mascullaba al pitcher que le diera algo que pulverizar.

El pitcher lo miraba entre asustado y divertido, porque incluso cuando le ladraba, Steve nunca dejaba de sonreírle. Su sonrisa era como el haz de luz de un faro, y hacía que todo el mundo se sintiera un poco más seguro. También era una orden. Obligaba a todos los demás a devolverle la sonrisa. Era irresistible, y no sólo para quienes se encontraban a su alrededor. El propio Steve parecía incapaz de dejar de mostrar los dientes. Steve y los hombres del Dickens eran tremendamente competitivos, pero nunca jamás el juego se interpuso en la principal meta de su vida: la risa. Fuera cual fuese el resultado, no dejaban de reírse, no podían dejar de reírse, y sus aficionados, desde las gradas, tampoco. Yo me reía más que cualquier otro, aunque no le viera la gracia. Me reía de oír las risas de aquellos hombres, su sincronización cómica, tan fluida e impredecible como un *double play* suyo.

—¿Por qué hacen tanto el tonto esos hombres? —le pregunté a mi madre.

—Porque están... contentos.

—¿Por qué?

Ella los miró, pensativa.

—Por la cerveza, cielo. Están contentos por la cerveza.

Cada vez que aquellos hombres pasaban frente a nosotros, dejaban a su paso una estela perfumada: cerveza, *aftershave*, cuero, tabaco, tónico capilar. Yo aspiraba hondo, memorizaba su aroma, su esencia. A partir de entonces, siempre que olía un barril de Schaeffer, un frasco de Aqua Velva, un guante de béisbol Spalding recién engrasado, un Lucky Strike consumiéndose, un bote de Vitalis, regresaba al mismo lugar, junto a mi madre, mientras veíamos a aquellos gigantes cerveceros dar trompicones por el campo.

Aquel partido de sóftbol marcó para mí el inicio de muchas cosas, pero sobre todo el inicio del tiempo. Los recuerdos anteriores tienen una naturaleza inconexa, fragmentada; a partir de ahí, los recuerdos avanzan ordenadamente, en fila india. Es posible que tuviera que encontrar el bar, uno de los dos principios organizadores de mi vida, para poder establecer una narración lineal, coherente, de ésta. Recuerdo haberme vuelto hacia el otro principio organizador de mi vida y haberle dicho que quería seguir mirando a aquellos hombres para siempre. No podemos, cielo, me respondió ella. El partido ya se ha terminado. ¿Qué? Me puse de pie, presa del pánico. Los hombres abandonaban el campo abrazados. Mien-

tras se perdían entre los zumaques que rodeaban el Memorial Field, gritándose los unos a los otros: «¡Nos vemos en el Dickens!», yo empecé a llorar. Quería ir con ellos.

–¿Por qué? –me preguntó mi madre.

–Para ver qué es tan divertido.

–No vamos a ir al bar –dijo ella–. Nos vamos a... casa.

Siempre se encallaba un poco antes de pronunciar aquella palabra.

Mi madre y yo vivíamos en casa de mi abuelo, un hito en el pueblo casi tan famoso como el bar de Steve. La gente, muchas veces, pasaba por delante de la casa del abuelo y señalaba, y yo, en una ocasión, oí a un transeúnte aventurar que aquella vivienda debía de sufrir de alguna «dolorosa enfermedad de las casas». De lo que aquella casa sufría en realidad era de las comparaciones. Plantada entre elegantes mansiones victorianas de Manhasset, que eran como tartas, y residencias coloniales de estilo holandés, la modesta y destartada granja de mi abuelo, escandalizaba doblemente. Él decía que no podía permitirse reformarla, pero la verdad era que le daba igual. Con algo de desafío y de orgullo perverso, la llamaba la Casa Mierda, y si el tejado empezaba a hundirse como la carpa de un circo, a él le traía sin cuidado. Casi no se daba cuenta cuando la pintura se desconchaba en copos del tamaño de naipes. No reprimía el bostezo cuando mi abuela le comentaba que en el camino de la entrada se había abierto una grieta irregular, como si un rayo hubiera impactado en él, que en realidad era lo que había ocurrido. Mis primos lo habían visto chisporrotear camino arriba, y había estado a punto de caer sobre el tejadillo. Incluso Dios, pensaba yo, señalaba la casa del abuelo.

Bajo aquel tejado hundido mi madre y yo vivíamos con mi abuelo, mi abuela, los dos hermanos de mi madre –ya adultos, el tío Charlie y la tía Ruth–, y con las cinco hijas y el hijo de la tía Ruth. «Las masas hacinadas, anhelantes de respirar libres de alquiler», nos llamaba nuestro abuelo. Mientras Steve se dedicaba a crear su refugio público en Plandome Road 550, mi abuelo regentaba una pensión en el 646 de la misma calle.

También él habría podido colgar la silueta de Charles Dickens sobre su puerta, porque allí las condiciones eran comparables a las de un taller dickensiano. Con sólo un baño en uso y doce personas, las esperas en aquella casa resultaban a menudo desesperantes, y la fosa séptica estaba constantemente embozada («Casa Mierda» era a veces algo más que un

sobrenombre usado para escandalizar). El agua caliente se acababa cada mañana en plena Ducha Número Dos, hacía un breve acto de presencia durante la Ducha Número Tres, y después se burlaba y abandonaba cruelmente a la persona que se estuviera dando la Ducha Número Cuatro. Los muebles, que en gran parte databan del tercer mandato de Franklin Roosevelt, se sostenían en pie gracias a la cinta aislante, sobre la que se aplicaba más cinta aislante. Los únicos objetos de la casa eran unos vasos que nos habíamos llevado «prestados» del Dickens, y el sofá del salón, de Sears, que tenía un tapizado espantoso a base de campanas de la libertad, águilas americanas y perfiles de los Padres Fundadores. Nosotros lo llamábamos el sofá del bicentenario. Íbamos con unos cuantos años de adelanto, pero el abuelo decía que el nombre era acertado y le iba muy bien, porque George Washington bien podría haberlo usado para cruzar con él el río Delaware.

Lo peor de vivir en la casa del abuelo era el ruido, un estruendo constante de insultos, llantos y peleas, y el tío Charlie gritando que intentaba dormir, y la tía Ruth chillándoles a sus seis hijos con su enervante graznido de gaviota, que destrozaba los nervios. Justo por debajo de aquella cacofonía se distinguía una percusión permanente, débil al principio, más audible a partir del momento en que te percatabas de ella, algo así como el latido del corazón que suena en lo más profundo de la Casa Usher. En la casa del abuelo, aquel latido lo proporcionaba la puerta mosquitera de la entrada, que se abría y se cerraba durante todo el día, a medida que la gente entraba y salía –¡ñiii-pom!, ¡ñiii-pom!–, y, también, la manera de andar característica de todos los miembros de mi familia, pisando fuerte con los talones, como si fueran fuerzas de asalto sobre zancos. Entre los gritos y la puerta mosquitera, entre las broncas y el resonar de los pasos, cuando llegaba la noche ladrabas y te agitabas más que nuestra perra, que salía corriendo siempre que podía. Pero aquella hora del anochecer era el crescendo, la hora más ruidosa y más llena de tensión del día, porque era la hora de la cena.

Sentados alrededor de la mesa torcida del comedor, todos hablábamos a la vez, intentando no fijarnos mucho en la comida. La abuela no sabía cocinar, y el abuelo casi no le daba dinero para hacer la compra, así que lo que salía de la cocina en fuentes desportilladas era tóxico y cómico a partes iguales. Para preparar lo que ella llamaba «espaguetis con albóndi-

gas», la abuela hervía un paquete de pasta hasta que se convertía en engrudo, la saturaba de puré de tomate Campbell y por encima le echaba salchichas de Frankfurt sin cocinar. Sal y pimienta a gusto del consumidor. Con todo, lo que nos provocaba indigestión era el abuelo. Solitario, misántropo, cascarrabias, tartamudo, se encontraba todas las noches en su mesa con doce comensales a los que no había invitado, incluida la perra. Una representación de la Última Cena con irlandeses pobres. Mientras nos repasaba de arriba abajo con la mirada, oíamos sus pensamientos. «Todos y cada uno de vosotros me habéis traicionado esta noche.» En su honor hay que decir que el abuelo jamás rechazaba a nadie. Pero tampoco hacía que se sintiera bienvenido, y deseaba a menudo, en voz alta y clara, que «nos largáramos todos de allí».

Mi madre y yo nos habríamos marchado muy gustosamente, pero no teníamos adónde ir. Ella ganaba muy poco dinero, y no recibía nada de mi padre, que no quería saber nada de su mujer ni de su hijo. Mi padre era muy difícil, una mezcla explosiva de encanto y rabia, y mi madre no había tenido más remedio que dejarlo cuando yo tenía siete meses. Él se había vengado desapareciendo, y retirando toda ayuda.

Como yo era tan pequeño cuando desapareció, no sabía qué aspecto tenía mi padre. Sólo sabía cómo sonaba, y aquello lo sabía muy bien. Pinchadiscos de rock and roll muy popular, mi padre hablaba todos los días frente a un micrófono situado en algún punto de Nueva York, y su voz redonda, de barítono, viajaba Hudson abajo, cruzaba la bahía de Manhasset, ascendía por Plandome Road y, una fracción de segundo más tarde, salía de la radio verde oliva que reposaba sobre la mesa de la cocina del abuelo. La voz de mi padre era tan profunda, tan imponente, que me reverberaba en las costillas y hacía temblar los utensilios de la cocina.

Los adultos que vivían en aquella casa intentaban protegerme de mi padre fingiendo que no existía. (Mi abuela ni siquiera se refería a él por su nombre, Johnny Michaels, sino que lo llamaba simplemente «La Voz».) Cambiaban de emisora siempre que lo oían, y en algunos casos escondían la radio, lo que me llevaba a mí a gritar en señal de protesta. Rodeado de mujeres, y de dos hombres distantes, yo sentía La Voz como mi única conexión con el mundo masculino. Y, más aún, era la única manera que tenía de sofocar todas las demás voces odiosas de la casa de mi abuelo. La Voz, que cada noche daba una fiesta en la misma radio verde oliva que compar-

tía con Stevie Wonder y Van Morrison y los Beatles, era el antídoto contra toda la discordancia que me rodeaba. Cuando mis abuelos entraban en guerra por el dinero de la compra, cuando la tía Ruth, furiosa, estampaba algún objeto contra la pared, yo pegaba aún más la oreja a la radio y La Voz me contaba algo divertido, o me ponía una canción de Peppermint Rainbow. Escuchaba con tanto fervor a La Voz, llegué a dominar hasta tal punto el arte de filtrar las demás voces, que me convertí en un prodigio de la audición selectiva, que yo creía que era un don hasta que demostró ser una maldición. La vida consiste en escoger qué voces sintonizar y qué voces no, lección que yo aprendí mucho antes que la mayoría de la gente, pero que me costó más que a muchos otros aplicar correctamente.

Recuerdo haberme sentido especialmente solo un día, al sintonizar el programa de mi padre. La primera canción que puso fue *Working my Way Back to You*, de Four Seasons, y con su voz más suave, más sedosa, en la que se oía la sonrisa que se dibujaba en su rostro, dijo: «Trabajo para volver contigo, mami..., pero ten paciencia, porque sólo tengo una ruta de periódicos». Cerré los ojos y me eché a reír, y por un momento me olvidé de quién era y de dónde estaba.